

quitina. Yo le dije que habías ido por favor, como amigo mío. Entonces replicó que iría á dejarte su tarjeta... Naturalmente, tendrás que ir á conocerles.

No era, pues, necesario que Dámaso le presentara.

—Ven mañana á comer conmigo, Damasito—exclamó Carlos radiante.

Cuando entró en la sala un criado acababa de servir el té. La condesa, al alargar la mano á Carlos, se ruborizó, y luego notó, sonriendo, lo alegre que estaba el señor Maia. ¿Qué le había ocurrido de bueno? Carlos sonrió también y dijo que no era posible entrar en aquella sociedad tan agradable de otra manera. Luego preguntó por el conde.

Estaba en el Senado, donde se discutía el proyecto de Reforma de Instrucción pública.

En un sofá estaban dos señoras, con vestidos negros y sombreros muy elegantes. Ambas, una después de otra, se quejaron de lo que ocurría en las escuelas é institutos. Se obligaba á los muchachos á estudiar una porción de cosas que para nada les aprovechaban. En los exámenes les hacían una porción de preguntas tontas: á su hijo le habían preguntado qué era el jabón, para que servía el jabón, porque limpiaba...

La otra señora y la condesa quedaron consternadas. Carlos convino en que aquello era una abominación. Una de las señoras declaró que sólo había una cosa que fuera útil estudiar: los idiomas. Parecía insensato que se torturase á un rapaz con astronomía, botánica y física... ¿Para qué? Cosas inútiles en la sociedad. A su pequeño le enseñaban química. Lo que decía su padre: ¿Acaso ha de ser boticario?

Después de unos momentos de silencio, ambas se-

ñoras se levantaron; hubo besos y apretones de manos.

La condesa quedó sola con Carlos. Inmediatamente le preguntó por Ega.

—Está en Celorico, ¡pobre!

En aquel instante un criado anunció un nombre y se presentó el amigo Telles de Gama, íntimo de la casa. Cuando supo que el conde le había hablado en el Senado, con una franqueza un tanto brutal pidió perdón á la condesa por marcharse tan pronto, confesando que le urgía más ver al conde que tomar el excelente té de su esposa. Esta, medio riendo, medio amoscada le rió por su franqueza; pero Telles se levantó, dió un *shaké hands* á Carlos y le preguntó cuándo le haría el honor de ir á comer á su casa. La condesa le interrumpió de nuevo diciendo que había oído hablar mucho de su cocinero alemán; pero que nunca se le ocurriera á Telles ofrecerle un plato de choncronte.

Telles de Gama, riendo bromeando, prometió arreglar un comedor para dar una magnífica fiesta á la señora condesa, fiesta que se citaría en los anales del reino. Y se marchó, riendo, enseñando una dentadura magnífica.

—¿Es muy alegre Gama? ¿verdad?—preguntó la condesa.

—Muy alegre—asintió Carlos.

La condesa miró el reloj. Eran las cinco y media. A tal hora la Gouvarinho no recibía. Podían hablar un rato como buenos camaradas. Reinó silencio durante unos minutos, en que los ojos de ambos se encontraron. Después Carlos preguntó por Charlie, su lindo enfermo. No estaba del todo bien. Aquel niño, siempre la asustaba jera tan delicadito! Quedó luego callada, mirando la alfombra, moviendo con languidez el abanico.



—¡Qué buen tiempo!—exclamó de pronto como acordándose de un hecho olvidado.

—Muy hermoso—contestó Carlos—hace unos días estuve en Cintra, que era un encanto.

Inmediatamente se arrepintió de haber hablado de su ida á Cintra en aquella sala.

Pero la condesa quizá no le oyó. Habíase levantado y hablaba de unas canciones inglesas que recibiera aquella mañana. ¿Conocía Carlos *the pale star*? Pero todas las canciones inglesas románticas se parecen y de continuo resuena en ellas la palabra *siss*. Se trata siempre de un parque melancólico, de un paseo lento, de un beso á la sombra de los castaños.

Entonces la condesa leyó en alta voz la letra de *The pale star*. Era una estrellita de amor fulgurando en la luz del crepúsculo, un lago pálido, un beso tímido...

—Siempre es lo mismo—dijo Carlos—y siempre es delicioso.

Pero la condesa apartó el papel á un lado, declarándolo estúpido y empezó á revolver los demás papeles de música, nerviosa, con los ojos bajos. Carlos, para romper el silencio, habló de las flores que había en la sala.

—¡Ah! ¡Quiero darle una rosa!—exclamó ella dejando la música.

La flor que le quería dar estaba al lado en el *boudoir*. Era un gabinete tapizado de azul con un hermoso tocador del siglo XVIII, y sobre un pedestal de roble veíase el busto en barro del conde, en su actitud de orador, con la frente erguida, la corbata deshecha, el labio tembloroso...

La condesa escogió un capullo con dos hojas y ella misma lo puso en el ojal de la levita. Carlos sentía su aroma de verbena, el calor que subía de su seno

que anhelaba. Y ella no acababa de prender la flor con sus dedos trémulos, lentos, que parecían pegarse, adormecerse en el paño...

—*Voilà!*—murmuró muy quedo... Ahí está mi hermoso caballero de la Rosa Encarnada... ¡Veremos si me lo agradece!

Ínsensible, irresistiblemente, los labios de Carlos se juntaron á los labios de ella. Echó para atrás la cabeza con lánguido desmayo, cerrando los párpados. Carlos enlazó su cintura y su rodilla chocó con un sofá bajo que se apartó, deslizándose sobre la alfombra. Carlos, con la cola de la condesa arrollada á las piernas, siguió el ancho sofá que huyó hasta que se detuvo chocando con el pedestal donde el señor conde erguía la frente inspirada. Y un rumor de sedas que crujían apagó un profundo suspiro.

Al cabo de unos momentos estaban ambos en pie. Carlos junto al busto, acariciándose la barba, con aire embarazado y ya vagamente arrepentido; ella ante el espejo, arreglando con dedos trémulos el pelo alborotado. De repente se oyó en la antecámara la voz del conde. Ella se volvió bruscamente, corrió hacia Carlos, le dió dos besos. Después se sentó en el sofá, y cuando entró el conde hablaba en voz alta de Cintra, de su paisaje y sus bellezas. Al conde le acompañaba un señor calvo, anciano, respetable.

Al ver á Carlos en el *boudoir* tuvo el conde una alegre sorpresa y le estrechó la mano, afirmando que en la Cámara se había acordado de él.

—¿Por qué, pues, viniste tan tarde?—preguntó ella risueña, animada.

—¡El conde ha hablado!—exclamó el viejo de la calvicie.

—¿Hablaste?—inquirió ella.

—Sí, habló; y sin prepararse. Cuando oyó á Torres Valente defender la gimnasia obligatoria en los



colegios, no pudo contenerse. Pero no fuera á imaginar el amigo Maia que había hecho un discurso.

—¡Vaya! —exclamó el viejo— ¡fuera modestia! ¡Un discurso, sí señor, y de los buenos!

El conde protestó modestamente. No. Había defendido simplemente los fueros del buen sentido. Preguntó al señor Torres Valente si creía que los hijos de los portugueses estaban destinados á payasos...

—¡Ah! ¡Qué bien lo dijo, señora condesa! ¡Le gustara oírle! ¡Qué fuego, qué *chic!*

El conde sonrió, agradecido, al viejo. Y contestando á otras palabras del señor Torres Valente, que dijo que no quería que en los colegios se diese una enseñanza "impregnada de catecismo," le lanzó una palabra cruel.

—¡Terrible! —afirmó el viejo en tono sepulcral.

—Sí, terrible... Volvime para él y le dije esto... "Crea el digno par que nunca este país recobrará su puesto á la cabeza de la civilización, si nosotros, sus legisladores, substituímos con mano impía el trapecio á la cruz..."

—¡Sublime! —exclamó el viejo, sonándose con estrépito.

Carlos, al levantarse, declaró que aquella era una ironía sin par.

Y el conde al despedirle, no se contentó con apretarle la mano, sino que le pasó el brazo por la cintura y le llamó su querido Maia. La condesa sonreía, con la mirada húmeda, aun un poco pálida, moviendo con languidez el abanico, recostada en los cojines del sofá, debajo del busto del marido, que erguía la frente inspirada.

X

A la mañana siguiente, Carlos, que se levantó temprano, fué á pie desde Ramillete, hasta la calle de San Francisco, á casa de la señora Gomes. En el descanso de la escalera, donde apenas llegaba la luz de la claraboya, había una vieja de pañuelo á la cabeza, envuelta en un chal negro, sentada melancólicamente en el extremo de un banco de madera. La puerta, abierta, dejaba ver la fea pared de un corredor empapelado de amarillo. Un reloj daba pausadamente las diez.

—¿Ha llamado ya la señora?—preguntó Carlos descubriéndose.

La vieja murmuró con acento cansado y doliente:

—Sí, señor; ya me hicieron el favor de contestarme. El criado, señor Domingo, saldrá pronto...

Carlos aguardó, paseando por el descansillo. En el segundo piso se oía algazara de niños que jugaban. Más arriba el criado de Cruges barría con estrépito la escalera, cantando á grito pelado. Pasó un largo minuto; después otro, interminable. La vieja, entre las negruras del pañuelo, lanzó un suspiro abatido. Se oyó trinar un canario; Carlos, impaciente, tiró del cordón de la campanilla.

Un criado de patillas rubias, con una chaqueta de